



Acto Tercero.

CUADRO PRIMERO.

La misma decoración del acto anterior, suprimiendo las camas y dejando solamente á la derecha la mesa y dos sillas, y á la izquierda dos sillas que se quitarán á su tiempo; estos muebles estarán cercanos á las puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. ANTONIO, D. IÑIGO Y CARLOS.

(Los primeros sentados y el segundo de pie.)

CARLOS.

Todo lo saben ustedes.
De su fallo mi esperanza
depende y pronto el destino
descorrerá en la batalla

el arcano misterioso
que lo porvenir nos guarda,
(*con tono de autoridad.*)
Si mueres, del sacrificio
habrás librado á dos almas.
Y si vives, Etelevina
sabrás si dignificada
tu conducta, has merecido
su esposo sér.

D. ANTONIO. La desgracia
es amigos míos fuente
que extingue la activa llama
de las pasiones; la prueba
en estas lides humanas
Esperemos, pero mientras
si es verdad que la batalla
tan próxima está, pongamos
á esa niña desdichada
á salvo de desventuras
que con la que tiene basta.

D. IÑIGO. ¿Qué hacer para conseguirlo?

D. ANTONIO. Ponernos ahora en marcha
para Santiago.

CARLOS. Imposible.

D. ANTONIO. Lo intentaremos.

CARLOS. Cortada

está por el enemigo
toda comunicación.

D. ANTONIO. La casa
piensas que estará segura
de cualquier asalto?

CARLOS. Se halla
distante de las trincheras.
Es hospital y esto basta.

La respetarán sin duda,
si fuésemos por desgracia
derrotados.

D. ANTONIO. (*á D. Iñigo.*) ¿Quiere usted
que consultemos á Vara
del Rey?

D. IÑIGO. Encuentro sensata
esa idea.

D. ANTONIO. Pues entónces
pongámosla luego en práctica.
(*se van por la derecha, hablando
en voz baja.*)

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS.

(*paseando pensativo unos mo-
mentos.*)

Estoy resuelto. Las dos
felices no pueden ser.
Serlo yo, fuera ofender
con un sacrilegio á Dios.
Próxima la lucha está
y ha de ser encarnizada:
¡si allí estuviese, marcada
mi última hora... Será
porque Dios lo quiere así,
y á su voluntad sujeto,
yo sus designios respeto:
El que disponga de mí.
(*Asistente por el fondo.*)

ESCENA TERCERA.

CARLOS Y ASISTENTE.

ASIST. Mi capitán, este pliego
del teniente coronel.
CARLOS. *(lo abre y lee.)*
¡Orden de marcha! ¡Y Leonel?
búscales, que venga luego.
(vase el asistente.)

ESCENA CUARTA.

CARLOS, ETELVINA Y MARIA

*que por la izquierda entran á tiempo, de salir
el asistente.*

ETELV. Vi pasar al asistente
con un pliego: ¿es para tí?
CARLOS. Mirale.
ETELV. *(leyendo bajo.)* Lo presentí. *(ap.)*
MARIA. Es la hora. *(aparte.)*
ETELV. *(dirigiéndose á ambos en todo lo
que sigue.)* Si en mi mente
la duda pudo haber
por un instante; serena
de ustedes dos en la pena
con claridad puede ver,
de María la virtud,
el horrendo sacrificio,
de tí, tal vez poco juicio
pero mucha gratitud.
Vas á batirte á la guerra.
Solemnes son los momentos,
y justos dos sentimientos

que tu corazón encierra:
el amor que para mí,
lo sé, vive noble y santo;
para María el llanto
(señalando el corazón de Carlos.)
que está rebosando allí.
Quédense, pues, los recelos
de vulgaridad para otros:
(con tierna emoción.)

¿no es cierto que entre nosotros
no caben dudas ni celos?
(con arranque de pasión.)

CARLOS. Etelvina, vida mía.
MARIA. *(muy emocionada.)*
Eres grande y generosa.
ETELV. Y tú? . . .
MARIA. *(con modestia.)* Yo. . . .
CARLOS. Alma virtuosa

que aquí vivir no debía.
Después de la explicación
que á todos ha satisfecho,
solo ella tiene derecho
para nuestra compasión.
Ella es la víctima, sí,
de un amor desventurado.
que con tacto delicado
me confié y comprendí,
la víspera de emprender
este viaje.

MARIA. *(admirada.)* ¡Yo, Etelvina! . . .
ETELV. Una mujer adivina
lo que oculta otra mujer.
Yo adiviné tu secreto;
compadecí tu dolor,

consagrándole á tu amor
 mi cariñoso respeto,
 y un depósito confié
 á tu discreta amistad;
 has cumplido con lealtad
 y lo que ha pasado fué
 lo que suceder debía:
 noble tú, él generoso,
 vino el impulso grandioso
 de invencible simpatía.
 Que yo viniese, ignoraba.
 Le prohibí te lo dijera,
 y él buscaba quien le diera
 el consuelo que faltaba
 en este supremo instante
 de colocarle la suerte,
 entre la vida y la muerte
 que ahora tiene delante.
 De vdes. dos la bondad
 reconozco sin rubor.
 Eres digno de mi amor.
 María de mi amistad.
 Mas ya el fragor de la guerra
 hiere crüel mis oídos,
 y á sus golpes repetidos,
 mi pecho late y se aterra.
 No quiero pensar que allí
 termine todo... no quiero...
(profundamente afectada.)
 Etelvina! *[estrechando su mano.]*
(pasándose la mano por la frente
para serenarse y advirtiendo
que María llora.)

CARLOS.
 ETELV.

¡Basta!... Entero

es necesario que aquí
 sobreponga el corazón
 impreseindibles deberes,
 al llanto de dos muje es
 cobardes en la aflixión.
 Vé, Carlos; héroe te adoro;
 mártir formarás mi gloria
 y guardaré tu memoria
 de mi amor con el tesoro.
(Leonel por el fondo.)

ESCENA QUINTA.

DICHOS Y LEONEL.

LEONEL. El Teniente Coronel
 órden de partir nos dá,
 vengo por tí.

ETELV. Ya se vá.
 Y tu querido Leonel,
 hermano mío, escucha.
 En esa tremenda lucha
 no se separen tú y él.

LEONEL. Juntos á Cuba venimos,
 y por doquiera, estaremos
 unidos si perecemos,
 juntos si sobrevivimos.

CARLOS *[Toma á Etelvina una mano y la*
estrecha contra su corazón.]
 Que Dios vele por tu vida.

ETELV. El acompañe á los dos....

CARLOS. *(tendiendo á María la mano.)*
 María....

MARIA. Carlos....

- CARLOS. ¡Adiós!
(á Etelvina.)
 Mi padre... el tuyo...
- E TELV. Descuida
 Me despediré por tí.
- LEONEL.
(abrazá á Etelvina, la besa en la frente y luego se dirige á María.)
 Ruegue al cielo por nosotros.
- MARIA.
 Yo necesito más de otros para que rueguen por mí.
(Vanse por el fondo Carlos y Leonel, acompañándolos Etelvina y María hasta la puerta. Vuelven las dos al centro del proscenio y pasados algunos momentos de silencio en que las dos lloran, se enjugan los ojos.)

ESCENA SEXTA.

E TELVINA Y MARIA.

- E TELV. Iremos al campamento, no es verdad?
- MARIA. Es mi deber.
 Pero tú...
- E TELV. Le quiero ver hasta el último momento, porque es horrible la duda.
 ¿Tendrás valor?
- MARIA.
 E TELV. Lo tendré,

porque pienso que la fé del peligro nos escuda.
(Vanse por la izquierda á tiempo de entrar por la derecha D. Íñigo, D. Antonio y el General Vara del Rey.)

ESCENA SEPTIMA.

D. ÍÑIGO, D. ANTONIO Y D. JOAQUIN.

- D. ANTONIO. ¿Lo cree usted, general?
- D. JOAQ. He visto la órden. Cervera presentó de tal manera el combate desigual á que se habrá de exponer abandonando la rada, que solo gente obcecada ha podido disponer que se lance á la ventura.
- D. ÍÑIGO. Cervera es un gran marino.
- D. JOAQ. Luchar hoy contra el destino es hallar muerte segura; el destino para España está en manos vacilantes, y todos los Almirantes, no bastan contra la saña de partidos y opiniones, de pactos y conveniencias, de impenetrables conciencias, de pérfidas transacciones.
 ¿De qué nos sirve el ardor de nuestro pueblo patriota,

si á los pies del trono rota
está la ley del honor
por esas manos que ocultan
la verdad de sus intentos
y conceden parlamentos
á quienes hoy nos insultan?
¿Pero cómo?

D. IÑIGO.

D. ANTONIO.

D. JOAQ.

Diga ustedé.

Ayer recibió Toral
pliegos de Shafter; si tal,
en los que propone que
cesen las hostilidades....
y se habla de rendición....

D. IÑIGO.

D. ANTONIO.

¿Es posible?

¿Qué baldón
para pasadas edades!
¿Y se suspendieron?

D. JOAQ.

Sí....

para que los enemigos
continúen construyendo
trincheras y disponiendo
mejor su ataque. Testigos
van á ser ustedes dos
de algo que el alma horripila,
algo en que la fé vacila
y pide el juicio de Dios.
Pero cuando hable la historia
del patriotismo español.
ha de morir tanto sol
que usurpa hoy nuestra gloria,
y ha de quedar solo en pie
ese modesto heroismo
que levanta por sí mismo
todo lo que grande fué.

Cada lucha, cada paso
contra la guerra invasora,
para España es una aurora,
para el sajón un ocaso;
pues nunca podrá decir
la generación presente
que tiene lauros la frente
de quien nos vino á invadir.
¡Ah! sí, seremos vencidos
porque la suerte lo quiera,
pero en torno á la bandera
sucumbiremos unidos.

(Se escuchan lejanas detonaciones de cañón.)

¿Han oído ustedes?

D. IÑIGO.

D. JOAQ.

Sí....

(Con indignación.)

¡Y pidieron parlamento!....
¡Vive Dios! yo no consiento
que así se burlen de mí.

(A D. Iñigo y D. Antonio.)

Seguros en cuanto cabe
estáis en este hospital.

D. ANTONIO. Gracias. (Despidiéndose.)

D. IÑIGO. Adiós, General.

D. ANTONIO. Hasta la vista.

D. JOAQ.

¿Quién sabe!

Pero juro por mi honor,
no sobrevivir al duelo
de ver hollando este suelo
la planta del invasor.

(Vanse por el fondo.)

FIN DEL PRIMER CUADRO.